Clarín

Aparece los días 1.º y 15 de cada mes.

Precio del ejemplar: 10 centavos.

Redacción y Administración: MAIPÚ 126

Buenos-Aires, 1.º de octubre de 1919

Núm. 2

EL CUARTO PODER

Señor Director de CLARIN:

Creo que está usted perdiendo lamentablemente su tiempo. ¿Por qué, en lugar de esa hoja bimensual, no hace usted un gran cotidiano que tire treinta, cuarenta o doscientos mil ejemplares y corra como el agua desde la Patagonia hasta el Brasil? Si a usted no se le hubieran ocurrido, yo le daré los medios para hacerlo. En primer término, compre usted unas cuantas toneladas de papel de diarios, luego córtelas en hojas de 60 a 80 centímetros y llénelas literalmente de avisos. Avisos de adivinas, de ferrocarriles, de ropavejeros, de amas de cría, de bancos, de casas de empeño, desempeño y todo lo demás. Con esto tendrá usted para llenar cinco o seis páginas de su diario, que se deberá llamar "La Patria", o "El Argentino", o "La Constitución", o "La América", o algo así, grande y serio y que, por eso mismo, no perjudique a nadie.

Luego haga usted uno o varios editoriales. Sostenga siempre las opiniones generales, tratando de no contrariar jamás al mayor número. Defienda usted la libertad de cultos, aplauda la inmigración, pida escuelas, sostenga los derechos del hombre y ahora, un poquito también, los de la mujer.

Después dedique usted dos o tres columnas al Presidente de la República, a los Ministros y a las grandes reparticiones nacionales. Diga que todos son un hato de bandidos, o un manojo de lirios, pero diga esto con cierta gracia, de manera que amigos y adversarios aplaudan su "aticismo" y todo el mundo haga el elogio de su talento. Ponga usted una o dos columnas destinadas exclusivamente a comentar, con cierta fruición un poco amarga, los asesinatos cometidos durante el día y las puñaladas dadas o recibidas a cada hora, y, hasta para hacer el asunto más interesante, publique usted retratos de bandoleros y prostitutas. Para atenuar el mal efecto que estas pequeñeces produjeran en las almas asustadizas, dedique usted las columnas vecinas a comentar el casamiento de las niñas conocidas o las indigestiones de las señoras. También es justo que hable usted de los caballos, tratando a los animalitos con el cariñoso respeto con que se trata a una persona de la familia. No se olvide de los toros y de las vacas, que, aunque no lo parezca, despiertan siempre la simpatía del público.

Después (o antes), como en nuestro país abunda tanto el elemento extranjero, conviene que usted reciba telegramas de los cuatro puntos cardinales. Diga usted en esa seccioncita que Sevilla es la capital de Moscú y que el rey de Inglaterra tiene su corte en el Vaticano o alguna que otra lindeza por el estilo, y si uno de sus suscriptores protesta, habrá cien mil que le den a usted las gracias por las noticias que usted les da. En cuanto al resto del diario, todo lo demás es cuestión de detalle, de lo que usted no tiene que preocuparse porque, me imagino que como buen director, ya habrá usted contratado treinta o cuarenta personas que lo hagan todo en nombre suyo. Estas personas son los "periodistas", a quien usted, en su carácter de propietario y director de la empresa, deberá tratar como a enemigos. En primer lugar, les pagará usted una miseria para que opten entre morirse de hambre en la calle o vivir a media ración gracias a su prodigalidad. Para que no se hagan vanidosos ni soberbios, no les deje usted jamás la libertad de firmar los artículos que escriben, porque si el público se enterase de que son ellos y no usted los que tienen talento, usted quedaría en ridículo. Además, no les permita nunca decir lo que piensan, porque el diario es usted y no ellos; de manera que para que no se rebelen, conviene tenerlos en la más absoluta tiranía. Exíjales usted que sepan, entiendan y hablen de todo, de tal manera que si un buen día el encargado de la "Sección Teatros" se muere de una pataleta, usted puede salir de apuros dando la crónica al "redactor" de los avisos. Si usted ve que el público sigue con interés a un cronista de tal o cual sección, debe trasladarlo a otra en el acto para que el caballerito no se vaya a creer una persona de importancia. Después de diez o quince o veinte años de hacerlo trabajar como a un burro, usted un buen día lo echa a la calle, y como el público ni siquiera de nombre conoce a su redactor, nadie se interesará por la suerte del pobre diablo.

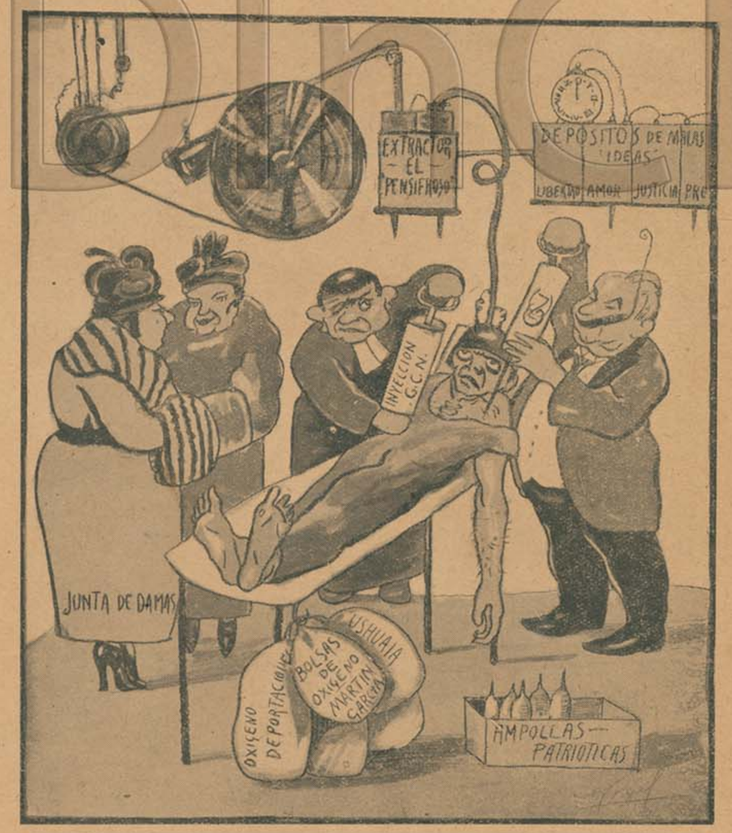
Felizmente aquí no estamos en Europa. Allí los redactores valen por lo que dicen o por lo que piensan, y el público, durante años, va siguiendo la evolución de su talento. Así se explica que los periodistas salten a los cargos más representativos de la administración o de la política, y que desde allí pongan en práctica lo que teorizaran en la hoja diaria. Nosotros, con más acierto, pensamos de otro modo. Aquí el periodista no tiene apellido, ni patria, ni opinión, ni simpatía. El director piensa por él, lo que ya es un alivio de tareas.

Con esto y un poquito de habilidad de parte suya, usted podrá enriquecerse con un importante cotidiano. Lo demás es ladrar a la luna, mi querido señor, y exponerse a que la gente crea que usted pierde su tiempo porque no gana plata. No olvide que vivimos en un país de seres esencialmente prácticos y que cualquier tentativa que vaya en contra de la corriente general, dará por resultado que le crean a usted loco, asesino o maximalista, tres defectos graves que, a mi modo de ver, no puede tener ningún director de diario que se estime un poquito.

Estos son, en síntesis, señor y amigo mío, los consejos que yo me atrevo a darle. Si le parecen sanos, llévelos usted a la práctica, pero, por favor, no vaya usted a mandarme un solo ejemplar de su periódico: hace veinte años que leo otros iguales y ya me encuentro un poco fatigado.

De usted muy atento y s. s.

Luis María JORDAN.



Nos hemos propuesto libertar al obrero de la tiranía anarquista

PAPELUCHOS INSERVIBLES

LA PASTORAL "PRO POPULO"

«Es ist eine alte Geschichte,
Doch wird sie immer neu.»
Heine. «Lyrisches Intermezzo».

UN amigo de la casa, mozo aficionado a coleccionar palimsestos, códices, incunables y otros papeluchos del tiempo de Mari-Castaña, se nos ha presentado por esta redacción, y poniendo sobre nuestra mesa de trabajo un pergamino roto, lleno de garabatos y con olor a cosa vieja, nos ha dicho de un tirón sin casi tomar aliento:

—¿Les gustan a ustedes las pastorales? ¿No? Pues constituyen un género literario muy ameno. No me refiero, claro está, al "Pastor Fido", de Guarini, ni a las de Sannazar, Beccari o Montemayor. No: hablo de las episcopales. Y en especial las que dilucilan temas sociales. Esta es una de ellas, muy antigua y de gran interés para los eruditos. Lleva por lema "Pro-populo" y la escribió allá por el año 1210 un arzobispo del mediodía de Francia. Era albigense el hombre. ¿No saben ustedes quiénes eran los albigenses, paulicianos, cátaros, publicanos, valdenses, búlgaros, patarinos, popelicanos, entiquianos, tejedores, arnaldistas, pastorcillos o buenos-hombres? ¡Ah!... Pues fueron unos ricos tipos de la Edad Media. Según una autoridad en la materia... se declararon contra los sacramentos, las ceremonias y la disciplina eclesiástica, predicaron que no debían pagarse los diezmos y condenaron a todos los eclesiásticos que poseían bienes de alguna consideración..., hicieron una ruda oposición al clero y hallaron tierra abonada para explotar contra éste el odio del pueblo, pues los prebendados dejaban que descar en la ciencia y en la virtud y obraban en favor de los potentados de la tierra en contra de los humildes. Si les interesa la pastoral, tradúzcanla. Ahí les dejo el pergamino. ¡Adiós!...

Y el amigo salió disparado, a la caza de palimsestos.

El documento, que hemos leído con mucho trabajo, sólo tiene interés para los eruditos. A ellos dedicamos su versión, que es esta:

"Nos, el arzobispo y obispos sufragáneos de Carcasona, al clero albigense de nuestra diócesis, salud y R. S. (1).

"Venerables hermanos y amados hijos nuestros:

"Al crear y promulgar la Unión popular cristiana albigense Pedro de Bruys, se propuso que terminara en tierras de Aquitania la feroz explotación de los pobres tejedores y demás menestrales por parte de los ociosos magnates, que enfermaban de engordar y no hacer nada. Y es que semejante espectáculo resulta intolerable para un buen cristiano: mientras el labriego o el artesano se desloman trabajando noche y día para mantener los vicios de sus amos, recibiendo por recompensa lo estrictamente necesario para no caer de inanición los señores feudales pásanse la vida rascándose los grebones sin acordarse de los siervos como no sea para azotarlos o ejercer el derecho de pernada.

"Y, amadísimos hijos, es necesario ser muy medioeval para soportar tales cosas.

"Algunas honradas cofradías gremiales pidieron una retribución más equitativa, un mínimum de justicia y de humanidad, lo preciso para soportar esta vida de perros con que nos obsequió el Altísimo. Al enterarse de estas demandas, los señores feudales se indignaron brutalmente, decidiendo tomar espantosas represalias contra los menestrales. Sin embargo, en el fondo temblaban de pavor los crueles amos, porque no ignoraban que artesanos y labriegos eran los más y ellos los menos, y, de unirse los siervos para ejercer una acción común, los poderosos de la tierra estarían arreglados a caldo y huevo, como dice el Pentateuco.

"A todo esto, el alto clero arrastraba una existencia lamentable. Vicioso y haragán, como el propio feudalismo, carecía, ¡ay!, del oro que sobraba en los castillos y faltaba en las iglesias. Y era que los magnates habíanse vuelto blandamente escépticos. Las damas y las doncellas, entregadas a lascivas danzas, abusando del haschich, reuniéndose clandestinamente en mansiones de pseudo-modistas para celebrar muy interesantes ejercicios sáficos, y los caballeros jugando frenéticamente alrededor de la tabla redonda, apostando fortunas a las patas de los caballos árabes y manteniendo a muy apetitosas hetairas venidas de Oriente, maldito lo que se acordaban ni de Dios ni del diablo. Inútilmente los frailes tronaban con los eternales suplicios del infierno, las calderas de Pero Botero, los ríos del terrible fuego luciferino... Los señores feudales no daban ni un maravedí por la salvación de sus almas, en las que no creían, y en lo cual estaban en lo cierto porque eran unos grandísimos desalmados.

"Los altos dignatarios de la Iglesia — que podían ser muy pillos pero no tenían pelo de tonto — decidieron explotar el movimiento gremial en provecho propio y en detrimento, claro está, de ricos y de pobres.

"Sustituyeron el hórrido espantajo infernal — que ya no asustaba ni a los niños — por una cosa que llamaron "comunismo". El "comunismo" era, según los taimados clérigos, una obscura fuerza sostenida por misteriosos agitadores gremiales. Y advertían continuamente a los poderosos, a sus damas y doncellas, que estos comuneros invisibles se proponían nefandos crímenes, tales como saquear los castillos, suprimir el haschich y las danzas voluptuosas, gozarse ellos las hetairas y acabar de un solo golpe con el feudalismo.

"Los señores magnates no conciliaban el sueño, aterrorizados con semejantes vaticinios. ¿Qué hacer para destruir el "comunismo"? ¿Cómo evitar tan inmensa catástrofe? El clero contestó: "El remedio es el de siempre: oro, oro y oro". Si los potentados daban dineros a los monjes, éstos terminarían con los agitadores y engañarían astutamente a los pobres menestrales, que eran ignorantes y crédulos por mandato divino. ¿Cómo sería el engaño? Prometiéndoles casa y comida segura en unos grandes monasterios organizados muy ingeniosamente, en los cuales cada artesano con su respectiva familia ocuparía varias celdas, etc. (1). Para la realización de esta magna idea se necesitaban muchos maravedís, muchos millones de maravedís...

"Y los ricos — alocados por el espanto de la posibilidad del "comunismo" — abrieron sus bolsas, dieron los millones...

"...Y el alto clero volvió a engordar, a brillar fastuosamente en las cortes de Aquitania, sin acordarse ellos tampoco para nada ni de Dios ni del diablo.

"Pero no terminó así la cosa. Los menestrales..."

. . . . . .

Nota de la Redacción.—Aquí se corta el pergamino. Es lástima, pues la historieta empezaba a ser interesante. Por eso dijimos al principio que el documento sólo podía gustar a los eruditos y no a quienes preocupa el final de las novelas.

(1) No entendemos el significado de estas misteriosas iniciales. Sospechamos que quieren decir: «resignación suprema» o cosa por el estilo. — *N. de la R.*

(1) Es curioso consignar este primer ensayo de falansterios. Fourier, ocho siglos después, lo intentó sin suerte. Hoy resucita la idea. Pero en la materia nada se ha hecho con tanto éxito como el «conventillo»

LA FARSA DE LA PAZ

El grupo "Claridad" acaba de condenar, en una enérgica protesta, las cláusulas del tratado de paz. Ese documento — que reproducimos parcialmente —está firmado, entre otros, por Anatole France y Henri Barbusse.

"No admitimos que ese tratado de paz pretenda prevalerse de las ideas de derecho y de justicia: lo mismo que el tratado de 1871, lo mismo que todos los tratados que se han sucedido unos a otros durante siglos, viola esas altas concepciones y dispone de ellas como dispone de los hombres y de los territoros para la satisfacción de intereses particulares.

Elaborado en el secreto de los salones oficiales, a distancia de la opinión pública, y con desprecio de las masas populares, arriba a una síntesis brutal, aunque hipócrita, de las catorce verdades wilsonianas que hubiera debido consagrar y edificar sobre los escombros. Es preciso que ese tratado sea revisado. No creemos en su eficacia ni en su duración. No es un tratado de paz. Los hombres de todo partido y de toda opinión reconocen que provocará un día nuevas guerras en este continente que ya no es capaz de soportar ninguna. Sustituir un bloque de imperialismos, el que momentáneamente está aplastado, y dar así fuerza de ley a tradiciones monstruosas que hasta ahora han mantenido abiertas las llagas sangrientas del mundo, es realizar una obra insensata. Uno de los fines de la guerra era, sin embargo, eliminar definitivamente la barbarie del mundo; así al menos se decía a los soldados para hacerlos marchar.

Esas combinaciones de egoísmos nacionalistas y de intereses de mercaderes sólo se mantendrán provisionalmente a fuerza de expedientes. Por ellas las generaciones futuras irán a la ruina y a la muerte. Ni siquiera esta guerra puede terminarse. Continúa en Europa en veintitrés frentes, alrededor del pretenso tratado de paz, alimentada por las potencias victoriosas para mantener la dominación capitalista. Una gran parte de los soldados queda bajo las armas, esclavos de una causa que no es la suya. Una vez más el antiguo sistema de servidumbre de las muchedumbres sale triunfante de la guerra.

Creemos que nada sólido puede ser construído si no es sobre la justicia y la verdad. Creemos que el verdadero patriotismo tiene su lugar señalado en el gran amor lógico del interés personal; de otro modo, no es sino la parodia peligrosa de un bello sentimiento, así como el orden impuesto hasta ahora al género humano por las clases dirigentes no es sino una parodia del orden.

El tratado de junio de 1919 no merece estima ni confianza. Demuestra con signos evidentes la necesidad de un cambio total de las condiciones de la vida universal. Los espíritus clarividentes comprenden que para en adelante una cuestión de vida y muerte se plantea a las muchedumbres de todas partes, y que descenderán hacia el abismo mientras la dirección de los asuntos humanos no sea ajustada por un orden mundial democrático, por la comunidad de las leyes del trabajo, de la producción, del comercio y de los negocios externos."

LA QUINCENA PARLAMENTARIA

EL CENSO

DESPUES de haber postergado inmotivadamente el asunto, el Senado resolvió considerar el proyecto de censo. Con esta actitud ponía en evidencia su poder parlamentario. Ante los ojos del país, el hecho tiene un significado más amplio. Acaso es el índice de la nueva lucha democrática que deberá iniciarse para completar la verdad del sistema representativo.

Los diputados son electos por el pueblo, directamente, de acuerdo con una proporción constitucional. Un diputado por cada 33.000 habitantes o fracción que no baje de 16.500. Quiere decir que el número de ellos puede y debe aumentar a medida que aumenta la población del país, a medida que el país adelanta.

El Senado está formado por dos representantes de cada provincia elegidos por las legislaturas. Se acreciente o no la población, cada estado tiene derecho a sus dos senadores.

Tal situación lleva a conclusiones como estas: el Senado, en el mecanismo de la sanción de las leyes, tiene un poder equivalente al de la Cámara. La Cámara puede sancionar una ley de orden general, por ejemplo, y esa sanción, por el hecho de merecer la aprobación de los diputados, lleva consigo la voluntad implícita de los millones de habitantes que los diputados representan. Pero esa ley no satisface el espíritu, los intereses, las modalidades del Senado, y va al cauasto por la voluntad de los señores senadores, que no representan al pueblo, porque el pueblo no los ha elegido, sino a las provincias de cuyas legislaturas provienen por un tiempo tan largo como nueve años.

Esta otra situación: los distritos electorales (provincias y capital federal) eligen de acuerdo con su población, como ya lo he dicho. Buenos Aires tiene, según las nuevas bases de representación, derecho a elegir 42 diputados y la capital federal 32, y la provincia de Santa Fe 19. Cada diputado representa en Jujuy, en la Capital o en La Rioja o en Santa Fe, una población de 49.000 habitantes, y todos los diputados de cada distrito a todo el pueblo de la provincia y de la nación. Mientras tanto, los mismos distritos eligen dos senadores. Comparando la importancia de cada población provincial se tiene que dos senadores de la provincia de Buenos Aires representan a un estado que tiene más de dos millones de habitantes y dos senadores de Jujuy a un estado que tienen menos de ochenta mil habitantes. Sin embargo, cada provincia tiene en el Senado igual influencia, igual voto, igual preeminencia que otra. Igual vale en el Senado la representacion de Jujuy que la de Santa Fe o Buenos Aires.

En la Cámara de Diputados los representantes de las zonas más progresistas y más pobladas, suman la mayoría del cuerpo. En el Senado, la mayoría está formada por los senadores de las provincias que menos han progresado, que tienen menos población, que tienen mayor número de analfabetos, que tienen menos desarrollo industrial o comercial, que tienen menor número de electores que saben leer y escribir y mayor número de conscriptos analfabetos. Mientras en la Cámara las tendencias parlamentarias del gobierno y de la administración pública y del movimiento social están en manos de los representantes del pueblo de las zonas más civilizadas, en el Senado las mismas funciones están en manos de los senadores pertenecientes a las provincias menos civilizadas. En la Cámara, en una palabra, está el gobierno de la parte más adelantada del país. En el Senado está el gobierno de la parte más atrasada del país.

Se explica entonces por qué el Senado se ha opuesto a la sanción del censo. Porque el censo determinaba el aumento de representación de las zonas más adelantadas y disminuía la representación de las zonas más atrasadas, y ellos, esos senadores, representan en el Senado estas zonas más atrasadas.

Se ha dicho que en esta cuestión del censo sólo hay el propósito de aumentar las bancas de la Cámara para atender los intereses electorales. Puede entrar en los cálculos de partido semejante consideración. Pero la verdad es que, una vez contada la población y comprobado su aumento, era indispensable revisar la composición de la Cámara para que cada diputado represente la cantidad de habitantes que debe representar por la Constitución. Si no se aplica el censo, la situación es esta:

La Capital federal tiene 20 diputados que representa cada uno una población de 80.000 habitantes. Buenos Aires tiene 28 diputados que representan cada uno una población de unos 75.000 habitantes. Entre Ríos, 9 diputados, uno por cada 47.000; Jujuy, 2, uno por cada 33.000. La Rioja, 2, uno por cada 40.000 habitantes.

Y así con el resto de las provincias. Mientras un diputado de la capital o de la provincia de Buenos Aires representa una población de 80.000 habitantes, un diputado por La Rioja o por Jujuy representa una población de 35 ó 40.000.

Y como constitucionalmente cada diputado debe representar una población igual en Jujuy, La Rioja, Buenos Aires o Santiago del Estero, comprobado que la población ha aumentado en forma desigual, se imponía revisar las cifras de la representación para dar a cada provincia lo que le correspondía en justicia. Eso es el censo y eso es lo que se está haciendo, faltando ahora (en el instante en que escribo estas líneas) que el Senado, si pueden ser vencidas las viejas fuerzas de las provincias, sancione el proyecto que le ha pasado en nueva revisión la Cámara.

El Senado tendrá que hacerlo tarde o temprano, por las buenas o por las malas. Y convendría que comenzase a darse cuenta de los tiempos y de las exigencias democráticas argentinas, para no andar estorbando demasiado el desarrollo legislativo del país. Es cierto que, a veces, resulta progresista archivar una ley. Pero esto que puede ser un recurso parlamentario incidental, no debe convertirse en sistema, porque su sistematización puede llevar a la demostración de la ineficacia o de la inutilidad o de la inconveniencia del Senado.

Este cuerpo ha encarpetado proyectos de legislación obrera, de legislación penal, de reforma aduanera, etc. Por ello se habla con buen eco de la reforma del Senado. Se rememora la vieja lucha entre la Cámara de los Comunes y la Cámara de los Lores, en cuanto a la sanción de los presupuestos. Es claro; perdió el pleito la Cámara de los Lores y lo ganaron los Comunes, porque era la representación directa del pueblo, mientras que los Lores eran la negación de la representación del pueblo.

También en los Estados Unidos la lucha llegó a trabarse entre las dos Cámaras. Y se reformó la constitución en 1912 para hacer que los senadores fueran elegidos directamente por el pueblo, como lo son los diputados.

Entre nosotros se ha hablado de la elección popular de los senadores como de un procedimiento de mejora en el alto cuerpo. Hoy los eligen las legislaturas, y, ¡como eligen, y qué legislaturas! Como aquella de Córdoba o como esta última de San Luis, o como esa otra de Tucumán, que no pueden reunirse para elegir porque los bandos de la politiquería provinciana se desesperan por ser cada uno más obsecuente que los otros con el poder federal.

Si el Senado aprueba el censo, la representación quedará arreglada a las siguientes cifras:

Capital	elegirá	32	dip.;	hoy	elige	20
Buenos Aires	»	42	»	»	»	28
Santa Fe	»	19	»	»	»	12
Entre Ríos	»	9	»	»	»	9
Corrientes	»	7	»	»	»	7
Córdoba	»	15	»	»	»	11
San Luis	»	3	»	»	»	3
Santiago	»	6	»	»	»	5
Tucumán	»	7	»	»	»	7
Mendoza	»	6	»	»	»	4
San Juan	»	3	»	»	»	3
La Rioja	»	2	»	»	»	2
Catamarca	»	2	»	»	»	3
Jujuy	»	2	»	»	»	2
Salta	»	3	»	»	»	4
		158				120

Por la nueva aplicación del censo, como se ve, perderían un diputado Salta y Catamarca y aumentarían: 12 diputados la Capital Federal, 12 la provincia de Buenos Aires, 7 la de Santa Fe, 4 la de Córdoba, 2 la de Mendoza y 1 la de Santiago; el resto de las provincias quedaría con el mismo número de diputados, representando a mayor número de habitantes.

Mario BRAVO.

Cristianismo puro

EL documento explicativo acerca de los fines de la "Gran Colecta Nacional", aparecido en los diarios del 22 de septiembre, es una página que, escrita para los ricos, está redactada con el lógico temor de que el proletariado se dé a espigar en ella. Así el tono varía desde el tímido obrerismo de algunas líneas hasta la directa amenaza para el que no contribuya con su dinero a la "paz social". Pero hay un párrafo, el último, en que — agotados todos los argumentos — muéstrase a plena luz el sentimiento cristiano de quienes tan curiosamente, *a fuerza de caridad*, quieren resolver la ardua cuestión social.

Véase:

"Dime: ¿qué menos podrías hacer, si te vieras acosado o acosada por una manada de fieras hambrientas, que echarles pedazos de carne para aplacar su furor y taparles la boca? ¡Los bárbaros ya están a las puertas de Roma!"

Huelgan los comentarios.

Clarín

REVISTA QUINCENAL EDITADA POR EL
ATENEO UNIVERSITARIO

Aparece los días 1.° y 15 de cada mes.

Suscripción semestral: $ 1 m|n. Número suelto: 10 cts.

(No se atienden pedidos que no vengan acompañados del importe correspondiente).

Redacción y Administración: MAIPÚ 126, Buenos-Aires

EL SALON ANUAL DE ARTE

por Francisco de Aparicio

LA misma ausencia de artistas ya consagrados que anotáramos años anteriores, aparece a la vista en cuanto se penetra a la primera sala del presente certámen. Como esta clasificación de "consagrados" es por demás ambigua y elástica, podríamos precisar—a riesgo de ser un poco crudos — diciendo que de los artistas de valía sólo concurren al Salón, salvo raras excepciones, los que económicamente precisan de él. La razón no es menester buscarla con insistencia. Ninguno de ellos puede someterse de buen grado a las disposiciones de una Comisión constituída en absoluto per personas faltas de todo prestigio o llenas de prestigio negativo.

Desgraciadamente como éste es el único apoyo oficial con que cuentan nuestros artistas, se ven precisados a aceptarlo, a pesar de venirles por intermedio de tales manos. Esta infeliz circunstancia redunda, en parte, en beneficio del Salón que ha llegado a convertirse en un torneo de gente joven, principiantes en su mayoría.

Como desde las páginas de CLARIN pensamos llamar la atención, con la mayor frecuencia posible, acerca de la nulidad intelectual de las personas que actualmente constituyen la Comisión Nacional de Bellas Artes, con agravio evidente de nuestra cultura, reservamos hoy el escaso espacio de que disponemos para hacer una breve reseña de las obras expuestas.

PINTURA

I

Comenzando por los cuadros de figura, a fin de dar algún orden a estas líneas, el nombre de López Naguil surge el primero. "El chal negro" es, a nuestro juicio, la obra descollante de todas las expuestas. Lejos de desanimarse por la menguada distinción que el año pasado le otorgaran por su magnífica "Laca China", vuelve nuevamente repitiendo casi el tema, al cual ha añadido dificultades, como queriendo hacer aún más palmaria su propia superación. Bien es cierto que podríamos anotar algunas deficiencias en "El chal negro"; sobre todo en la entonación general, vale decir, en la falta de ambiente, pero las excelencias que la aquilatan bastan para compensarlas con exceso.

Continuando su ya vieja costumbre de mejorarse en cada obra, Centurión, nos ofrece un par de retratos de extraordinario vigor que, participando de todas las características cardinales que hemos aplaudido siempre en su labor de retratista, señalan para él una culminación.

Thibon ha interpretado, nuevamente, una escena de la vida del circo, vedada al público. El conoce como nadie los secretos del camarín y sabe llevarlos magistralmente a la tela. "La maseuse y l'etoile", (tanto la "maseuese" como la "etoile" son de suburbio porteño) es obra discutible dentro de la selecta producción de su autor. Por desgracia no disponemos del lugar necesario para comentarla con la amplitud que merece.

Raúl Mazza ha logrado con "La femme en bleu", (retrato de una criolla, pintado aquí en la calle Córdoba) remontarse a una altura que acaso nunca ha alcanzado y a la que pocas veces llegara un artista argentino. Mazza va en camino de vencer la dificultad suprema: aunar sus figuras al ambiente total de la obra, y esta vez, sin duda alguna, lo ha conseguido.

Gavazzo Buchardo, dentro de su tendencia decorativa que hace poco tuviéramos ocasión de aplaudir con entusiasmo, expone un interior de café parisino que hace honor a su producción y constituye una de las notas más serias del conjunto.

Por la misma senda marcha Guttero, artista argentino residente en París, a quien sólo hemos podido apreciar aisladamente por sus periódicos envíos al Salón, los que bastan, sin embargo, para consagrarlo como un artista intenso, de sólidos principios estéticos. "Almaide d'Eutremont", figura sentida, fina y delicada si las hay, tiene, además de su grande mérito intrínseco, el de haber hecho brotar, en el acto, toda la específica nesciencia de uno de los miembros de la Comisión ya tristemente célebre.

Marteau, de cuyas condiciones de paisajista tuviéramos ocasión hace poco de expresar justiciero elogio, — y tendremos en la próxima nota —, desciende dentro del género que nos ocupa. "La visita", si nos resulta encomiable por su ambiente y fragmentos de naturaleza muerta, se nos muestra débil en las figuras deficientemente construídas; débil — claro está — dentro de la producción de su autor.

Emilia Bertolé, la delicada artista que tantas veces hemos podido mencionar con aplauso, expone un interesante desnudo, sólido al par que armonioso y dos delicadas cabezas al carbón, en las cuales vemos a la propia autora, lo cual es ya como descorrer un velo de su propio espíritu exquisitamente sensible.

En la tela expuesta por Guillermo Carlos Bolín advertimos, a pesar de sus múltiples defectos, un fuerte temperamento de artista que hace esperar obra de gran valor.

Obligados a cerrar estas líneas no queremos hacerlo sin consignar, aunque sea, los nombres de Cayetano Donnis, Juan B. Tapia, Francisco Vidal y Alfredo Benítez de cuyas obras lamentamos no podernos ocupar.

Al finalizar esta crónica que continuaremos en los próximos números, hemos de censurar, en la forma que merece, el proceder de los jurados que comprometen la seriedad del certamen al admitir obras cuya presencia no puede, a nuestro juicio, justificarse.

Estudiantes y obreros

LO DE CHJVILCOY

EN la apartada ciudad provinciana, un caudillejo político ofrece públicamente a sus parciales del Comité las cátedras del Colegio Nacional de la localidad como último medio para solucionar una situación crítica de la politiquería lugareña. Advierten los alumnos al señor Presidente de la República, reiteradamente, la merca infame que se está haciendo al amparo de su nombre.

Pasa un tiempo de cabildeos y comunicaciones, y el P. E. haciendo uso de sus atribuciones—como cínicamente se ha argumentado — designa en reemplazo de los catedráticos existentes a un grupo de personas sin otros méritos para tales cargos que su notoria e incondicional adhesión al Comité partidista. Apréstanse Rector y alumnos a salvar la dignidad de su casa de estudios. Ocurren escenas bochornosas. Renuncia aquél, y éstos lánzanse a la calle dispuestos a no volver a las aulas hasta tanto no se destituya a los intrusos.

La valiente muchachada se organiza, publica manifiestos, da conferencias, envía delegaciones. En pocos días consigue interesar a la opinión de todo el país y obtiene que la Federación Universitaria Argentina tome enseguida la gestión de sus derechos. ¿Cómo? Interesando también al pueblo laborioso de Chivilcoy en su conflicto. Apelando a la conciencia del vecindario por un fallo de justicia que los poderes públicos no habían querido dar a sus demandas privadas. El Centro Obrero de la localidad les discierne un voto de aplauso por su digna actitud y les ofrece tramitar, si llegara el caso, una huelga general en apoyo de la causa estudiantil. El P. E., presionado por la opinión, vuelve sobre sus pasos y da al conflicto la única solución decorosa que quedaba: reorganiza totalmente el Colegio para revocar así sus malos nombramientos. Pero, entretanto, al seno de la Federación Universitaria Argentina van llegando denuncia tras denuncia por agravios pasados y presentes, y ésta se ve en la necesidad de hacer al Ejecutivo un proceso público en cuyos considerandos se consagra este criterio de interpretación para los conflictos venideros:

"Que todo ello ha pasado los límites de lo tolerable, provocando la solidaridad de los gremios obreros que, por intermedio de sus órganos legítimos — como la F. O. P. y la F. O. R. A. — apoyan decididamente la causa del profesorado, demostrando así que ella lleva el noble propósito de reparar una injusticia".

En efecto: allí donde el pueblo trabajador tome bandera en apoyo de una campaña estudiantil, allí probablemente asiste a esta la razón y la justicia y — lo que no debemos olvidar — está también la seguridad del triunfo. Allá donde ese mismo pueblo se desentienda del conflicto o no se apasione por él, posiblemente no hay más que un entredicho entre hombres o sistemas que no afecta los principios básicos o la razón esencial de la instrucción pública.

Quédale a la valiente muchachada de Chivilcoy—y por reflejo a los maestros que le dieron ejemplo diario de dignidad—la gloria de haber promovido con su simpática cruzada este gran paso en la evolución ideológica de la colectividad argentina.

Chivilcoy ha sido el punto de partida en esta nueva y elevada forma de aplicar la solidaridad gremial. Mendoza bien pudiera ser el punto de llegada que afiance definitivamente este criterio.

Pero del escándalo de Mendoza nos ocuparemos en otro artículo próximo.

Gonzalo MUÑOZ MONTORO.

Un discurso y varios artículos sobre el teatro nacional

HAY ambientes donde la verdad levanta siempre polvareda de escándalo.

Tal ocurre en el ambiente teatral de casi todos los países y muy especialmente en el nuestro.

Hace ya siglos que Fedro relató a este propósito una anécdota significativa: la de aquel paisano que se atrajo la reprobación indignada del público por querer introducir una dosis inusitada de verdad en cierta representación escénica. Mientras en ella se aplaudía a un histrión por imitar burdamente gritos de aves, nuestro rústico fué silbado de manera estrepitosa por hacer gritar realmente a un ave que llevaba disimulada bajo su manto. Se aprobó la superchería del histrión y se silbó el "verismo" del paisano.

Esto ocurre también, no solamente en la escena de nuestra farándula, sino sobre todo en sus entretelones. Porque si los actores viven necesariamente entre convencionalismos, nuestros autores suelen sostenerse a base de convenios, que ni siquiera tienen al arte como justificativo.

Don Joaquín de Vedia ha olvidado el apólogo de Fedro y desconocido que cuando algunas personas hablan de "ideales comunes", "sinceridad artística" y de tantas otras cosas cuya realidad pertenece a la misma categoría de las decoraciones teatrales y de las "manos de gato" de los actores, el evocar lo que allí se invoca, el oponer la triste realidad de los hechos a la musicalidad organillesca de los discursos de circunstancias, puede serle tan contraproducente al que así lo hace como se lo resultó al héroe del fabulista latino.

Por eso el señor de Vedia, en cierto reciente banquete, ha hecho el papel del niño terrible que habla, ante visitas, de lo que pretende ocultar la familia a que pertenece. Y decimos que "lo pretende ocultar" porque lo dicho entonces por el señor de Vedia es un secreto a voces, y del cual lo único que todavía ignoran algunos es su extrema notoriedad.

Los que no hemos asistido a la comida en que se dijeron tan terribles verdades, poseemos, sobre la improvisación que las expuso, dos documentos no menos elocuentes por lo que dicen que por lo que sugieren: el artículo en que el señor García Velloso contestó a la improvisación del señor de Vedia, y lo que que éste mismo publicó a continuación, rectificando o confirmando versiones circulantes sobre su propio discurso.

Nada más interesante, para juzgar de la cuestión debatida — el presente deplorable del teatro nacional y las causas de su abatimiento — que esos escritos, firmados: el primero, por un autor de éxito, y el segundo, por un director artístico de compañía teatral y que es, asimismo, uno de nuestros escritores más talentosos y más sinceros.

Ambos están de acuerdo en reconocer la actual decadencia de nuestra literatura escénica, aunque disienten al explicarla.

Para el señor García Velloso el problema se plantea de manera un tanto imprevista: trátase, "en cierto modo", de una cuestión de personal, de composición del cuadro interpretativo. He aquí su explicación: "Del concepto **industrial que prima** en los escenarios bonaerenses son punibles, **en cierto modo** — ¡qué precisión encantadora! — los empresarios-actores... pues las compañías cuyo primer actor es a la vez empresario, no tienen primera actriz; en la compañía donde la primera actriz es empresaria, no existe primer actor".

¿No es esto admirable y revolucionario? Mr. de la Palisse ha hecho perfectamente en morirse hace siglos. Actualmente se le consideraría como un anarquista intelectual peligrosísimo. Nosotros habíamos siempre creído con él que lo anterior precede a lo siguiente, y el creador, no solo a lo creado, sino a los intérpretes de su creación, de su obra. Estábamos profundamente equivocados, nos demuestra el señor García Velloso: el autor teatral, entre nosotros, no debe escribir una obra de acuerdo con su sensibilidad, si la tiene, o su visión de la vida, si no es psicológicamente miope, sino de acuerdo con la cantidad y facultades de los actores a quienes la entrega.

Esto puede explicar, confirmar lo que tantos, y nosotros mismos, hemos escrito cien veces sobre la inconsistencia de nuestra producción escénica; pero nunca justificarlo. Lo que eso demuestra es que nuestros autores, de interpretados, han pasado a ser intérpretes de los que debieran interpretarlos; que les tallan a los actores una pieza, de acuerdo con sus facultades, como les cortarían un traje de acuerdo con sus dimensiones físicas.

¿Qué ganaríamos, con que al pergeñar sus engendros, la mayoría de nuestros autores pensara, no solamente en el primer actor o la primera actriz, sino también en la primera actriz o el primer actor que acompañarían a aquellos?

¿Para qué primera actriz han escrito Esquilo, Sófocles, Eurípides, Shakespeare, Marlowe y tantos otros, cuando, como en su época ocurría, no había ni primeras, ni segundas actrices, porque hasta los papeles femeninos eran desempeñados por varones? Hoy mismo, los autores concienzudos, como ese Porto Riche tan profundamente desconocido por casi todos los que lo citan, ¿en qué intérpretes determinados puede haber pensado cuando empezó, por ejemplo, "le Vieil Homme", que fué representado quince años más tarde por Abel Tarride, después de haber estado a punto de serlo por Granier y Réjanne?

Que el señor García Velloso confunda, como lo hace en ese mismo artículo, el "Enrique II" de Dumas, padre, con el "Carlos VII" del mismo autor, no nos sorprende sobremanera; pero que erija en teoría lo que es impotencia personal de la casi totalidad de nuestros autores escénicos nacionales, que convierta el efecto en causa y la consecuencia en principio, eso sí que nos parece excesivo hasta para el autor responsable de tantos éxitos de Parravicini y de Casaux.

Si la inmensa mayoría de nuestros autores teatrales no escriben mejor, es, muy en primer lugar, porque no saben hacerlo y, además, no menos por lo que ha dicho el señor Joaquín de Vedia que por lo que ha callado.

Entre lo dicho por el señor de Vedia, figuran: la venalidad — única fuente de inspiración de casi todos nuestros autores — y la crítica que tasa la cantidad hipotética de representaciones que puede alcanzar la obra estrenada, y no sus quilates estéticos. Entre lo que el señor de Vedia no ha dicho, o escrito, por lo menos, están las "barras" de autores - críticos, las "mutualidades" teatrales que funcionan profusamente en nuestros escenarios y que cuentan con una organización en que, excepto la dignidad personal y el talento literario, todo existe en abundancia.

En esas corporaciones hay desde el autor-crítico que puede hacer ambiente desde su periódico, en contra del extraño o en favor del ajeno a la cofradía que lo sostiene, hasta el sablista, en el más amplio sentido del vocablo que pone en el manejo de la injuria o de las armas, toda la agilidad y la fuerza de que carece su inteligencia.

Con todo, y sin desconocer la importancia de los factores subsidiarios, la causa principal del estado artístico decadente de nuestro teatro, reside en la mentalidad y moralidad rastreras de los autores nacionales, con tres o cuatro excepciones, a lo sumo.

Tanto D. Joaquín de Vedia como D. Enrique García Velloso coinciden en una afirmación: la del decaimiento alarmante del nivel artístico de nuestra dramaturgia nacional.

A la crítica independiente y al público advertido les corresponde velar por que esta situación bochornosa no se prolongue ni se acentúe.

José A. ORIA.

Palabras de Batlle y Ordóñez

Los párrafos que más abajo se copian han sido extractados de un artículo que el conocido estadista uruguayo publicó hace poco en el "El Día", de Montevideo.

"De tiempo en tiempo surge, por ahí, la iniciativa de poner trabas de todas clases a la inmigración de "elementos peligrosos". Cada uno se echa a calificarlos por su cuenta. En general, son peligrosos todos aquellos hombres que piensan de alguna manera. Los que no piensan nada, son huéspedes gratos, por lo mismo que no sirven para nada. El ideal, para mucha gente, es no pensar.

En la Argentina, ese concepto, aplicado a la inmigración y a la residencia, ha hecho posibles las deportaciones sistemáticas y las persecuciones sin cuartel. Allá no se anda con chicas. Ni entra nadie que no haga profesión de fe capitalista o burguesa, ni permanece nadie que se permita hablar mal de la burguesía o del capitalismo."

... ...

"Temamos, pues, a los delincuentes, sea cual fuere el género de su delincuencia; pero no a los que piensen y sientan de uno u otro modo y no hagan otra cosa que propender legítimamente a realizarlo. Combatir las ideas si nos parecen erróneas, bien; desterrar al que las sostiene, por el hecho de sostenerlas, sin menoscabo del derecho de los demás a sostener otras, nos parece absurdo y tiránico."

En los números 3 y 4 de CLARIN, colaboración de: Arturo Capdevila, José Ingenieros, Adolfo Agorio, Zonza Briano, Arturo González Arce, Carmelo M. Bonet, Alejandro Castiñeiras, Osvaldo Loudet, Alberto Palcos, Luis H. Sommariva, José Gabriel, Saúl Alejandro Taborda, Rafael Alberto Arrieta, Bernardo González Arrili, José M. Monner Sans, etc.

ELOGIO DE LA CUÑA

por Amílcar Razori

PEDACITO de palo—tanto mejor cuanto del mismo palo,—triangular y prismático, que hiendes, presionas, te afirmas y sostienes; modesto, pequeñito y siempre anónimo, pero sólido y seguro bajo un peso que te abruma sin amilanarte, ¡tú no sabes, ahí escondido, cuánto le deben las instituciones y los hombres de mi país a esa tu elocuente y aleccionadora enseñanza de poder y de fuerza!... En ti se fundamenta, es dado decir, toda la filosofía política de la democracia argentina; en tí halla también su base nuestra escala de valores éticos y profesionales; en tí se asienta, en fin, todo el andamiaje de nuestro edificio social. Tú eres provechosa lección para sus hombres, cimento seguro de sus instituciones y hasta símbolo viviente para su idiosincracia. Desde el más humilde al más poderoso de los argentinos, todos sin distinción han hecho de tí un culto ferviente, comprendiendo muy bien lo que tú significas para la estabilidad nacional.

Aquel modesto ciudadano que aspira anheloso al más modesto sueldo de oficina, ¿qué fuerza le mueve, qué mérito le autoriza en la seguridad del triunfo? ¿Piensa, acaso, si sirve o no sirve, si es apto o inútil, para el empleo apetecido? Nada de eso: su pujanza está en la "cuña" que otorga competencia y, sobre todo, fuerza, de tal suerte que es la "cuña" misma quién gradúa el importe de la prebenda obtenida.

Aquel otro ciudadano, no tan modesto ni excesivamente ambicioso, que avaricia ser jefe, también recurre a tí. Y el profesor y el juez, el comisario y el ministro, todos, desde el más poderoso al más humilde, ¡oh, pedacito de palo!, guardan bajo sus plantas, cuidadosamente escondida, como un tesoro, su "cuña". Ella es tan importante para la existencia de cada uno que fuera dado decirles: "dime qué "cuña" tienes y te diré qué puesto gozas".

Si recorremos de este modo e inversamente, vale decir del más al menos, la escala jerárquica de la sociedad argentina, observarás que en un momento dado las "cuñas" se superponen unas sobre otras, divididas por los mismos hombres que se afirman en ellas. Semejan una torre, deleznable torre, donde los hombres no son nada sino las "cuñas", pues el grado que ocupa cada uno en la serie no se adivina jamás por el valor o las virtudes intrínsecas de los mismos, sino por la potencia de las "cuñas". Y así, desde la del tinterillo a la del ministro ¡qué variedad más curiosa de palitos triangulares y prismáticos soportando heroicamente el edifico nacional! ¡Qué relación, qué ensamblaje más armónico y solidario el suyo!

Como la resistencia de la torre está en ambos extremos, la estabilidad y firmeza de la misma, depende siempre de la "cuña" del tinterillo y de la "cuña" del ministro. Elos guardan el equilibrio y sostienen a la vez todo el peso. Si la "cuña" del ministro se afloja, cede o salta, la torrecita, antes tan firme, cae; si la "cuña" del tinterillo también falla, ¡oh, ironía!, el estrépito del derrumbe resulta muchas veces mayor, pues las "cuñas" grandes van lastimando en su caída a las más pequeñas. Pero, inmediatamente una nueva sucesión de "cuñas" reemplaza a las que yacen dispersas en el suelo y la torrecita nacional, con su pálida enseña en lo alto, se levanta otra vez sólida y segura, hasta el día en que salte, ceda o

falle un extremo. Surgirá, entonces, otra serie de "cuñas", y así sucesivamente. Observando este fenómeno algún espíritu irreverente para nuestra tradición, diría que la historia argentina es una verdadera sucesión de "cuñas" del mismo palo.

...Cuña, triangular y prismática, que hiendes, presionas, te afirmas y sostienes; modesta, pequeñita, siempre anónima, pero sólida y segura bajo un peso que te abruma sin amilanarte, tú significas y entrañas para los criollos una virtud semejante a la de la palanca para Arquímedes, pues cada uno, desde el más poderoso al más humilde, puede exclamar: "Dadme una "cuña" y seré tinterillo, profesor, juez, comisario o ministro. Cualquier cosa, hasta presidente"...

Rosario, septiembre de 1919.

VIDAS EJEMPLARES

EL DOCTOR BARTOLO CHAUVIN, ABOGADO

por Manuel M. Podestá

"Hay patriotas cuyo patrio-
" tismo se ha despertado a los
" treinta años. El puede ser
" muy puro, pero no se puede
" negar que ha sido muy dor-
" milón." — J. B. Alberdi: "Grandes y pequeños hombres del Plata". Prefacio, pág. XX.

LA INICIACION

El doctor Bartolo Chauvin, abogado y catedrático universitario, era un personaje discretamente ameno. Su existencia plácida y tranquila se caracterizaba por un profundo y loable deseo de notoriedad.

Comenzó su vida política apoyándose en cierta peregrina sociedad de "Comerciantes minoristas", que al proclamar su candidatura a padre de la patria le brindó un cuarto de hora de celebridad, colocando su retrato de medio cuerpo, impecable, en las vidrieras de sus grandes proveedurías entre tentadores trozos de turrón de Gijona y substanciosos chorizos de Extremadura. Sin embargo, no triunfó en las elecciones, a pesar de ser mucho más incapaz que sus adversarios.

Agriado por este suave fracaso, dedicó sus actividades a la enseñanza, con tan meritorio acierto que, espíritus malintencionados y aviesos, dieron en decir que se inspiraba con exceso en cierto texto extranjero, sin pensar que para plagiar a cualquier autor es menester leerle previamente...

En una memorable ocasión el gobierno de Pingüinia, su patria, buscando una persona a quien pudiese manejar con entera comodidad, pensó en él. Llamado al Palacio Real tuvo con el soberano una corta conferencia, de la cual salió encantado. Su Majestad piensa como yo — dijo a sus amigos—; mañana parto para el Norte a salvar la Patria. Me ha dado completa libertad de acción; la única consigna que llevo impuesta y que acomoda con mi manera de encarar el asunto, es la siguiente: reventar a los que no piensen como su Graciosa Majestad.

Partió el Mesías para el Norte, como lo hiciera Babuco varias centurias antes hacia el Oriente por mandato del ángel Ituriel. Allí, fiel a su programa, reventó a los adversarios, fundó un "Panteón de héroes regionales", y dando por cumplida su misión providencial, volvió a la capital del reino, donde continuó dictando su cátedra entre el aplauso de muchos y cierta escéptica sonrisa de pocos.

EL TRIUNFO

Más tarde ocurrió en Logrería, capital del Estado, un hecho asombroso, inaudito, inimaginable. La clase trabajadora, con una ridiculez espantosa, no quería, en manera alguna, morir de hambre. El señor Chauvin se intranquilizó y procuró por todos los medios indagar las causas por las cuales el proletariado pingüinense no quería morir de inanición. Dedicóse con encantador entusiasmo a resolver el problema, y el cabo de continuados y profundos estudios, llegó a las conclusiones siguientes: siendo los pingüinos de amable y tranquila condición, era poco probable que fuesen ellos por propia iniciativa los autores de ese movimiento subversivo. El mal radicaba seguramente en la excesiva afluencia de inmigración, que iba relajando poco a poco los respetables vínculos de nacionalidad.

De lo cual dedujo que los pingüinos se mostraban reacios a morir de hambre porque no eran patriotas, cosa aquélla de todo punto inexplicable, pues desde la península de Kamchatea hasta las Indias Orientales, gozaba ese género de muerte de gran difusión entre las clases desheredadas.

Por otro lado — se decía el señor Chauvin — el hombre es un animal que razona; los pobres no razonan, sino que piden pan; luego, no son hombres. Dos soluciones entreveo para este problema: o usamos contra ellos las ametralladoras Maxim, cuyo poder persuasivo es enorme, o procuramos convencerles por medio de conferencias y discursos que ellos tienen hambre porque no conocen la historia de Pingüinia. Después de largas meditaciones, Chauvin resolvió proceder con un criterio ecléctico y se procuró el concurso de las ametralladoras, que cercenaron definitivamente el apetito de varios millares de pingüinos, hecho lo cual recurrió a la persuasión para saciar a los restantes.

A fin de que su noble iniciativa no se malograse fundó una asociación pingüinense, tomando por modelo "La Ligue Patriotique Francaise", fundada por Paul Déroulede en 1882, la que a su vez era achaparrado retoño de "La Ligue de Délivrance", constituída en aquel país diez años antes a raíz del desastre del 70.

La aristocracia, el clero y la burguesía de Pingüinia se cobijaron en un solo impulso bajo la nacionalísima salvaguarda de semejante asociación que iba por instantes aumentando en importancia hasta el punto de inquietar sinceramente a su fundador, que, de pronto — sin que él mismo lo sospechara — fué proyectado de un solo envión a la celebridad. Su diligencia aumentó de un modo prodigioso; se erguía frente a los poderes públicos con quienes trataba de igual a igual; firmaba sus ukases con el nombre de Bartolo I, y hay quien asegura que glosando a Luis XIV, musitaba a menudo en el silencio de su estudio: "El Estado soy yo". Comenzó a escribir su biografía con la firme esperanza de que la bien cortada pluma de un Plutarco o de un Carlyle modernos supiera fijar en páginas de bronce su personalidad heroica. He merecido bien de la patria — solía decir a sus amigos—; las envidias y bajezas con que me acosan, me da la medida exacta de mi valer.

Es que Chauvin ignoraba, en medio de su grandeza, que había en Pingüinia gran cantidad de personas que de veras le compadecían.

SIC TRANSIT GLORIA MUNDI

Sin embargo, aquel grande hombre no era feliz. Había terminado la rebelión e ignoraba como encauzar esa enorme fuerza que lo elevara en contados meses a las cimas más altas de la fama. Secretamente ansiaba una senaduría, pero estaba seguro que al dar proyección política a su obra, ella se dividiría al igual de la francesa. Pensó luego en ser el jefe de un gran ejército que reconquistara para Pingüinia ciertos territorios que formaban un solo cuerpo con ella cuando aún era colonia. Mas este proyecto lo hallaba poco viable, porque dicha asociación, constituída con rapidez merced a un curioso fenómeno de terror colectivo, se deshacía suavemente como un azucarillo en un vaso de agua. Pronto un olvido caritativo la envolvería por completo...

Es que Chauvin al igual que Sembotitis, "se obstinaba en no ver la nueva estrella que lucía en Occidente, porque, viejo y sabio, sentía repulsión por lo nuevo y desconocido".

Confusamente creyó entrever que su obra, a más de inútil, había sido perjudicial, mas prefirió olvidarlo y suponerse lamentable víctima de la incomprensión de sus conciudadanos, porque ello le era incomparablemente más cómodo.

Por lo demás, este sería el último fracaso de su vida, pues hasta el gobierno, que fuera en otro tiempo su apoyo más firme, le negaba su concurso. Sintió desprecio por los hombres; no le comprendían. Resolvió no salir más de su casa y dedicarse con fruición a coleccionar cajas de cerillas con retratos de hombres célebres. Se hizo misógino, él que toda su vida fué un Don Juan, y no leía otro diario que "La Banderola", órgano caracterizado del socialismo pingüinense.

Murió loco.

No penséis que he venido para meter paz en la tierra; no he venido para meter paz, sino espada.

SAN MATEO X, 34.

Asuntos universitarios

EL PROFESORADO

LA universidad es, en su fondo, un asunto de profesores, como el gobierno es un asunto de gobernantes y como cualquier cosa humana es un asunto de hombres.

No habría verdad más elemental, si no nos dominara el espejismo de las formas o de las palabras sonantes. No falta quien sostenga que la universidad entraña un problema de autonomía, o de ciclos profesionales y doctorales, o de independencia de los institutos que la componen, o de consejo en vez de academia, o de derechos electorales en favor de los profesores suplentes o de los alumnos... Y así van las ordenanzas, que surgen como de un "manantial que no se agota", que resultan incumplidas, olvidadas o deformadas, y que, fatalmente, poco o nada remedian.

Es lo de siempre: nos desvivimos por lo inmediato, por lo ostensible, casi diría por lo material o visible del papel escrito, del detalle, de lo accesorio, de lo externo. Y no comprendemos que lo vital es un asunto de conducta, de espíritu, de acción, de hombres. Psicología, y no reglamentarismo, debiera ser la enseñanza. Fondo, y no forma, tendría que ser la orientación.

Aquí ese fondo, aquí ese espíritu y esa psicología se concentran en el profesor, que es: enseñanza, método docente, ciencia, cultura, educación, en suma, todo cuanto constituye la misma razón de ser de la universidad, que es un órgano de enseñanza, de educación de cultura y de todo el resto.

Y hay que hacer constar que la falla más decisiva de nuestras universidades estriba en lo pobre de su profesorado, que en general carece de las virtudes más indispensables para el lleno de su misión: ciencia, didáctica, vocación y amor por la enseñanza y por la universidad.

Precisa descontar, verdad es, lo inherente a lo fatal en estas cosas. La universidad no se encuentra a mayor ni menor altura que cualquier otra institución, educacional o no, del país. Es hija de su medio. Es expresión de su ambiente. La invectiva particular a su respecto implicaría en tal sentido: o una visión diminuta de las cosas o una evidente parcialidad de criterio.

Pero no se trata de eso propiamente. Lo que está en juego es esto otro: la universidad, como órgano presuntivamente natural de la ciencia y la cultura, como matriz de los hombres dirigentes en la política, en los negocios y en el complejo dinamismo de casi toda la vida social, debe dar la pauta para todas las instituciones restantes, pues ella viene a ser, correctamente entendida, la institución de las instituciones. Es lo que pasa en Alemania, "la tierra clásica de las universidades", según Renán, cuya industria, cuyo comercio, cuya legislación y cuya integral expansión fueron obra inicial y decisiva de sus universidades, de sus institutos técnicos, de sus laboratorios, de sus profesores, para decirlo en una palabra.

Debe, pues, modelarse la universidad para convertirse en modelo. Debe entonces trazarse esas miras orientadoras y esos horizontes de acción. Debe prepararse el personal indispensable. Debe, antes que nada, contribuir a "hacer" sus profesores.

Y un profesor se hace con muchas cosas y en formas bien diversas.

Se lo hace con educación previa, que nosotros no conocemos ni en sueños.

Se lo hace con retribución adecuada, que lo independice, en lo relativo de la situación, que lo contraiga a su sacerdocio y que le permita el máximo de su rendimiento espiritual. La magra compensación que entre nosotros recibe, inferior a la de un empleado subalterno de la administración y de la rutina, no es la mejor de las garantías al efecto.

Se lo hace con estímulos y premios de cualquier orden para su producción científica o literaria.

Se lo hace con distinciones, si la palabra cabe, de puestos o cargos oficiales que muy frecuentemente van a los imperitos e improvisados.

Se lo hace con una suma de cosas, administrativas y puramente sociales, que lo dignifiquen, que lo ennoblezcan y que lo levanten.

Pero todo eso hay que quererlo. Todo eso hay que intentarlo alguna vez. Mientras veamos en un profesor universitario una simple muestra o ejemplo del empleado, seguiremos como hasta aquí: con lo pequeño, con lo contradictorio y con lo anodino.

"Abbiamo fatta l'Italia; dobbiamo fare gli italiani", dijo uno de los artífices del resurgimiento peninsular. "Hemos hecho la universidad; hagamos ahora los profesores", puede decir cualquier modesto soldado de una cruzada universitaria.

¿Qué es lo que hemos hecho en tal sentido? Bien poco, según se lo verá a propósito de cada uno de los aspectos del profesorado, que en CLARIN pienso contemplar en notas sucesivas.

Alfredo COLMO.

Si dáis un peso...

Hay un letrerito rojo, sin ninguna pretensión estética, humilde y honesto en su pictórica simplicidad, que se balancea rítmicamente impulsado por quién sabe qué aires de fronda en los arcos que decoran la entrada del subterráneo.

Cartoncito modesto, sencillo y barato, avergonzado quizá de lo que sobre él han escrito, lanza como una quejumbrosa clarinada de atención en las notas estridentes de su fondo sanguinolento de coco rojo.

Uno que otro transeunte rezagado alza sus ojos hacia el módico cartel y lee: "Si dáis un peso, salvaréis mil".

¿Qué fórmula prodigiosa de matemática brugeril es esa de sumar uno para restar un millar?...

No se trata de "dar", noctámbulo transeunte a quién la alquimia moderna del copetín ha embotado los sentidos; se trata de "restituir", de restituir todo aquello que fuera arrebatado a los pobres, a los humildes, durante incontables siglos.

Pero aquellos que han emprendido tan incomparable obra de reformar a la humanidad, se inician con un vergonzante "mea culpa" traducido en ese letrerito bamboleante y gritón. Saben que los desamparados, los que han llevado sobre sus espaldas el peso de todas las humanas iniquidades, pueden, si les place, tomar mil, esos mil que los timoratos se aprestan a salvar; porque es mil — y no uno — lo que esta caduca y vacilante sociedad actual les debe.

Si Vd. quiere contribuir al adelanto de CLARIN, hágase suscriptor, y recomiende esta revista a sus amigos. Vd. ya habrá advertido que no es una empresa comercial quien la edita.

SUBRAYAMOS

EL SEÑORITO FRÍVOLO, por Miguel de Unamuno

Recalentaremos en el fuego quincenal de nuestros fogones lo que, cocido ya en otro horno, sea manjar tentador para paladares entendidos. Al "subrayar" así determinados trabajos, nos guía el propósito de fijar nítidamente la orientación de esta revista.

Iniciamos hoy la serie con la transcripción fragmentaria de "El señorito frívolo" de Unamuno, artículo que, escrito en España, parece haber sido redactado mirando a nuestro país. Compruébelo el lector.

LA ciudadanía no es más que un deporte más para el señorito frívolo. Porque el señorito frívolo es ante todo y sobre todo deportivo.

La frivolidad señoritil, engendrada en pereza mental y cordial, en una tremenda superficialidad espiritual — de un espíritu que no siendo sino sólo superficie no es tal espíritu—, toma la vida y el mundo en juego y el único valor que ejerce es el de correr los azarosos peligros de un juego. El interés del señorito frívolo es el interés que se puede poner en una partida de monte o de siete y media, y el valor del señorito frívolo es el valor del que se juega su fortuna, y con ella su porvenir, y acaso su vida, a una carta.

Los señoritos frívolos tienen, por ejemplo, una terrible noción de lo que deben ser los austeros oficios de gobernar y regir a un pueblo, tienen una terrible noción del principio de autoridad, ninguna de la justicia, y una noción terribilísima de lo que sea el orden. El orden para los señoritos frívolos consiste en que no les interrumpan en su juego, en que no se les obligue a pensar y a sentir en serio. Sobre todo a sentir en serio. Porque los señoritos frívolos no saben lo que es la seriedad en el sentir y son capaces de poner en la consecución de un capricho — y de un capricho no ya sentimental, sino sensual — todo el ardor que deberían emplear en el austero cumplimiento de la función de su oficio, cuando le tienen. Porque los más de los señoritos frívolos no tienen oficio. Y si le tienen, es como si no le tuviesen o sólo en vista del beneficio. El señorito frívolo propende a hacer de su oficio una sinecura.

Venimos diciendo que la íntima disolución de una nación es favorecida, no curada ni contenida, por un régimen de clandestinidad, de mentira y de perjurio, por un régimen en que para mantener eso que se llama el orden y el principio de autoridad, y que no son sino el desorden y la anarquía, se llega hasta a ordenar el embuste y la ocultación de la verdad — más aún, la denegación de ella—; pero hay algo más fatídicamente trágico y es la frivolidad. ¡Porque hay que oir las cosas que dicen los que defienden, siquiera por razón de orden de Estado, la conveniencia de ocultar la verdad, de mentir, de falsear los juicios! ¡Hay que oir lo que a un señorito frívolo se le ocurre para excusar, v. gr., el que un tribunal de justicia dé un fallo basado en considerandos en que de industria se falseó los hechos!

No, no es la aviesa perversión moral, que en tiempos y lugares llegó a tiranías no exentas de cierta fantástica grandeza, no es eso lo peor. Lo peor es la frivolidad. La frivolidad juega con todo.

¡Y hay que oir en estos días a los señoritos frívolos de la ciudadanía deportiva! Los mismos que se dedicaban a apalear serenos o a jugar en noches de invierno con pobres mercenarias divirtiéndose al verlas tiritar de desnudez, esos mismos señoritos viciosos y corrompidos por frívolos y no por otra cosa, porque no saben cómo llenar el vacío de su corazón y de su cabeza, esos mismos señoritos juegan ahora al orden, a la energía, a la autoridad. Y la corrompidísima prensa que les sirve de órgano, se burla de los que llama escrúpulos zapironescos de los que quieren salvar con la civilidad, la seriedad de la vida pública.

La tragedia de la historia nos ha hecho que aparezcan como consumados malhechores pobres diablos que no pasaron de ser unos señoritos frívolos. Por frivolidad, acaso por quitarse de encima una molestia, se ha lanzado a pueblos a terribles catástrofes. "¡Ea!, ¡va me tienen harto!, ¡haré una que sea sonada y salga lo que saliere!, ¡todo, menos esta lata!", llega a decir un señorito frívolo. Y luego, aquella frase histórica de: "¡Dios nos la depare buena!"

(Del semanario "España", Madrid, N.º 214).

A último momento, y por falta de espacio, han debido quedar, para el próximo número: una nota bibliográfica escrita por Roberto Giusti acerca del reciente libro de Castiñeiras y una crítica a la ópera "Caio Petronio" redactada por Adolfo Casablanca.

Las 4 divisiones

Un grupo representativo de nuestra pintoresca burguesía ha resuelto llamar la atención del país. Loable empeño, ciertamente.

En efecto: varios caballeros de condición pacífica y bondadosa parecen no querer morir sin gustar antes el bizarro honor de la gradación militar, y entre ellos — desechando escrúpulos inútiles — se han acordado el título de generales, y a otro lo han hecho mariscal.

Las cuatro divisiones, que tendrán por objeto el guerrero propósito de recolectar fondos, denomínanse de Infantería, Artillería, Caballería y Volación. Así, pues, unos caminarán, estos dispararán, los otros montarán y aquellos volarán. Un dato digno de consinarse es el de que la dirección de los aviadores-limosneros ha sido encomendada a cierto ilustre presbítero — que Dios acoja en su santísima gloria.

Nosotros también queremos aportar a la trascendental iniciativa el concurso desinteresado de CLARIN. Y decimos "desinteresado", porque los redactores de este periódico no hemos sido comensales en los recientes banquetes del Prince George's Hall, ni pensamos veranear en Mar del Plata... Nosotros conceptuamos conveniente que se organicen enseguida destacamentos de crumiros: crumiros-infantes, crumiros-artilleros, crumiros-jinetes, crumiros-voladores. Así, con los millones de marras y la ayuda de otras dos importantes entidades, no habrá huelga que resista por más F. O. R. A. que la decrete.

La paz social — que esperamos del Supremo Hacedor—será entonces un hecho. Todo ello, ¡qué diablos!, A. M. D. G.

Por las exposiciones

C. B. de Quirós

Tres categorías de obras perfectamente definidas cabría señalar en la exposición que actualmente realiza Quirós en los salones de la Casa Müller. Primero podríamos destacar al pintor de interiores y naturalezas muertas; luego al paisajista, y, finalmente, al intérprete de la vida rural entrerriana, de "su" selva—según su propio decir.

En la primera manifestación citada, creemos que no tiene rival entre nosotros, y el único reparo que podría hacérsele, surge de su misma perfección y, acaso, de su fecundidad. A fuerza de repetir el tema, lo ha industrializado, rebajando así la calidad de obras que, consideradas aisladamente, son piezas de museo en la mayoría de los casos.

El paisaje es, de seguro, su "talón" artístico. Tanto en las telas inspiradas en los parques urbanos, como en la nota agreste de la naturaleza salvaje, Quirós desciende del nivel medio de su producción. Cada uno de sus paisajes dá la sensación de una obra sin resolver. Agrios de color, faltos de los matices que fijan la justa armonía de los valores, llegan hasta la confusión en los planos.

Sus cuadros de ambiente provinciano constituyen, sin duda, la contribución más importante, no sólo por lo que representan intrínsecamente, sinó también porque indican en su labor un rumbo nuevo e interesantísimo.

Quirós no consigue, todavía, trasmitirnos la vida de "su" selva. El factor pictórico, propiamente dicho, priva en todos sus cuadros de figura, y en algunos de los paisanos creemos ver alterada hasta la indumentaria habitual. En resumen: los tipos humanos, antes que seres vivientes, se nos aparecen como "modelos", magistralmente llevados a la tela, pero modelos al fin.

El acierto interpretativo, la compenetración con la idiosincrasia del personaje representado, que en el número anterior aplaudiéramos en la obra de Bermúdez, es lo que, a nuestro juicio, falta aún en la de Quirós.

Martín CRUZ.

Agustín Alvarez

OBRAS COMPLETAS

South America, con prólogo de Ernesto Nelson.
Patología Política, con prólogo de Evar Méndez.
Educación Moral, con prólogo de Maximio S. Victoria.
¿Adónde Vamos?, con prólogo de Nicolás Besio Moreno.
Transformación de las razas en América, con prólogo de Arturo de la Mota.
Historia de las Instituciones Libres, con prólogo de Julio Barreda Ilynch.
La creación del mundo moral, con prólogo de Joaquín V. González.
La Herencia Moral, con prólogo de Félix Icasate Larios.

CADA TOMO: 1 $ m|n.

ESTUDIO de los doctores

Alfredo L. Palacios

y

Carlos N. Caminos

VIAMONTE 1533

U. T. JUNCAL 4901

Cooperativa Editorial "Buenos Aires"

ULTIMAS PUBLICACIONES

La belleza invisible, por Atilio M. Chiappori.
En este libro estudia el prestigioso crítico la personalidad de eminentes maestros de la pintura contemporánea.

El amor de Scherezeda, por Arturo Capdevila.
Bellísimo poema escénico, cuya prosa tiene el encanto y la fuerza de los viejos relatos orientales.

Máximo Gorki, por Alejandro Castiñeiras.
Estudio minucioso de la vida y obra del gran escritor y del ambiente revolucionario ruso que hoy interesa al mundo entero.

En todas las librerías, a $ 2.00 m|n.

COOPERATIVA ARTISTICA

CORRIENTES 641-47

U. T. 2858, AV.

Materiales finos para artistas
Grabados, Aguafuertes y modelos.

Artículos generales para
Ingenieros, Arquitectos y Dibujantes.
Copia de planos.

Marcos de estilo.

Colegio Internacional de Olivos

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de San Francisco de California)

DIRECTOR: FRANCISCO CHELÍA

Alumnos Pupilos, Medio Pupilos y Externos.–Enseñanza Secundaria y Primaria
Incorporado al Colegio Nacional.–Se preparan alumnos durante las vacaciones

Este Colegio, considerado uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las barrancas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de **Football**, canchas de pelota, etc. Dormitorios, comedores y clases construidas según los más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinetes de física, química e historia natural.

A dos cuadras de las Estaciones de
OLIVOS (F.C.C.A.) y BORGES (F.C.B.A. y R.)

Número del teléfono: 90. Olivos